

Segunda parte

Doctrina y Jurisprudencia



Revista de la Academia
Colombiana de Jurisprudencia
Julio-diciembre 2022

DIVAGACIONES SOBRE LA ÉTICA EN LA CONDUCTA HUMANA*

Cesáreo Rocha Ochoa**
Académico honorario

Homenaje al maestro Juan Rafael Bravo Arteaga

En términos filosóficos se ha definido la ética como: “moral o doctrina de las costumbres, o ciencia de la voluntad en acción para llegar a su resultado propio que es el bien”.¹ En consecuencia con esta definición, el objeto de la ética es la

* Este texto corresponde a la obra “Derecho, derecho tributario, filosofía e historia. Estudios en homenaje a Juan Rafael Bravo Arteaga”. Director: Mauricio A. Plazas Vega. Instituto Colombiano de Derecho Tributario y Aduanero y Colegio de Abogados Rosaristas.

<https://icdt.co/producto/derecho-derecho-tributario-filosofia-e-historia/>

** Doctor en Derecho, Junio 4 de 1963. Especializado en Derecho Procesal Civil, Derecho Comercial Casación Civil, (Universidad del Rosario), Derecho Notarial. Exjuez Civil Municipal de Bogotá y Civil del Circuito de Bogotá. Asesor jurídico Ministerio de Agricultura, magistrado del Tribunal Superior de Bogotá, Sala Civil, secretario general de la Gobernación del Tolima, gerente liquidador de Industrias del Mangle, magistrado del Tribunal Disciplinario, gobernador del Tolima, asesor jurídico de la Universidad Nacional. Notario 32 del Círculo de Bogotá. En el ejercicio Profesional como litigante y consultor jurídico por espacio de más de treinta años, con énfasis en el área de Derecho Civil y régimen de propiedad horizontal. Miembro honorario de la Academia Colombiana de Jurisprudencia. Ha ejercido la cátedra en Derecho Civil en las Universidad Libre, Gran Colombia, y Externado de Colombia. Actualmente profesor de pregrado en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario.
Contacto: cesareo_33@outlook.com

¹ Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, VIII (Nueva York: WM Jackson Inc., 1936), 1092 y 1093.

voluntad en relación con el bien. Tiene que ver, por lo tanto, con el ejercicio de la voluntad y su orientación hacia el mundo de los fines, de los principios, o de las categorías, como lo indicara Immanuel Kant.

La palabra ética proviene del griego, *ethikós*, de *ethos*, que significa carácter, modo de ser, en tanto que la moral deviene del latín. También se la ha definido como parte de la filosofía que trata de las obligaciones morales del hombre y analiza el problema del bien y del mal.²

Una de las obras más importantes sobre ética fue el escrito de Aristóteles a su hijo Nicómaco, donde expresa su pensamiento, que a pesar del paso del tiempo mantiene su vigencia.

En la historia de la ética se señalan dos corrientes bien diferenciadas: la inductiva y la deductiva. La primera está representada por la física de las costumbres o descripción psicológica, fisiológica y social, con criterio empírico de la moralidad, y, la deductiva, por la metafísica de las costumbres, o explicación real o hipotética de los principios y causas de la moralidad.

La idea racional del bien como principio regulador de los actos humanos hace concebir la moral con Kant, como metafísica de las costumbres. En todo acto moral se distingue un objeto o fin, que se persigue para realizar un sujeto, que ejecuta el bien, y una relación del agente con el fin.

En la historia de la humanidad se han realizado grandes apasionamientos del juicio, cuando se relaciona la ética con la religión. El dogma aplica la fuerza para la realización del bien. El laicismo ha creado el deber subjetivo. Ha excluido en el juicio todo precepto metafísico o religioso, para auscultar conscientemente, libremente, la conducta humana en amparo de su propia dignidad.

A través de la historia de la filosofía, unas veces se ha identificado la ética con la moral, y, otras, se ha supeditado la primera a la segunda o a la inversa. La corriente moderna del pensamiento estima, en términos generales, que la ética estudia el problema del bien y del mal y de la conducta humana; independientemente del conjunto de normas, que de hecho rigen esa conducta en un momento dado, en tanto que la moral estudia esas normas y las distintas formas que obran en las comunidades humanas.

² Diccionario Enciclopédico Guillet, IV (Buenos Aires: Editorial Argentina, 1972), 3.

Los estudiosos del tema han considerado que la ética surge como disciplina filosófica con las escuelas socráticas, donde lo que más importaba era la obtención de la sabiduría, entendida esta como conducta en el mundo y no como simple saber acerca de él. Esas escuelas encontraron el fundamento de la sabiduría, ya en el placer proporcionado por los sentidos o por la inteligencia, ya en la virtud, que consiste en vivir de acuerdo con la naturaleza.

Platón fundó la ética en el amor que, mediante la purificación de las pasiones, hace que el espíritu ascienda hacia la contemplación del soberano bien, identificado con la verdad y la belleza. Aristóteles echó las bases de la ética intelectualista y llama “virtudes” –precisamente– “éticas”, a aquellas que resultan de la aplicación de la inteligencia a la conducta. Epicúreos y estoicos renovaron luego la doctrina de las escuelas socráticas y ven, respectivamente, “... el logro del bien en el placer espiritual y en la serena indiferencia ante todas las vicisitudes”. Los neoplatónicos renovaron la doctrina platónica del amor como esfuerzo de elevación, y fundan la ética en la contemplación de la unidad inefable.

El cristianismo con sus afirmaciones “solo Dios es bueno” y “Dios es amor” vuelve a conceder primacía a los problemas éticos, y recoge –en un principio con Agustín de Hipona– la tradición neoplatónica, para intentar luego –especialmente con Tomás de Aquino– la incorporación al sistema cristiano de las doctrinas intelectuales de Aristóteles.

En lo que se ha convenido en denominar la Edad Moderna, los filósofos oscilan entre una concepción utilitaria de la ética y otra espiritualista: unos propugnan la vuelta al estado de naturaleza, considerando el criterio de la eticidad pura, como Rousseau; en tanto que otros sostienen que ese estado de naturaleza es simplemente “una guerra de todos contra todos”, como lo sostiene Hobbes. Unos sostienen la vigencia de un sentido moral que hace que el hombre actúe siempre de acuerdo con lo que la razón considere bueno o malo, y otros niegan su existencia y afirman que el elemento último discernible en los sentimientos éticos es la simpatía, como lo sostuviera Adam Smith. Unos defienden una ética fundada en el principio de “la mayor felicidad para el mayor número”, y sostienen que la virtud es el resultado de un cálculo acertado, así como el vicio resulta de un error de cálculo, como lo afirmara Jeremías Bentham; otros vuelven a las concep-

ciones estoicas, en que la ética se funda en el dominio de las pasiones y en la libertad, conquistada día a día frente a las contingencias del mundo, como lo sostiene Spinoza.

El esfuerzo por independizar la ética de toda consideración empírica se cumple, acabadamente, en la *Crítica de la razón práctica* de Immanuel Kant.

Desde el siglo XX hacía acá pululan las doctrinas éticas a las que se agregan consideraciones políticas y sociales. Actualmente, las concepciones espiritualistas culminan con la afirmación de Bergson, en cuya obra *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, distingue entre la moral mecánica, que surge del juego de normas y sanciones impuestas por la coacción de una sociedad que solo aspira a subsistir, y la moral mística, que aspira a transmitir a la sociedad el esfuerzo necesario para que se cumpla la función esencial del universo, que es la de fabricar dioses. Finalmente, para culminar este pequeño escaqueo por la historia, Max Scheler sostiene una ética fundada en la moral, no como valor distinto de los otros, sino como movimiento que nos lleva a la realización de tal o cual valor determinado, como valor supremo, al que los demás quedan supeditados.

Según Immanuel Kant:³

La ley moral implica, desde luego, que la voluntad humana es causa libre; porque el deber exige que nos determinemos por un motivo puramente racional, independiente de todo motivo de sensibilidad: lo que constituye la definición misma de la libertad. El hombre sabe, pues, por el deber, que no es solo lo que aparenta, es decir, una parte del mundo sensible, un fragmento del determinismo universal, sino que es también una cosa en sí, la fuente de sus propias determinaciones. La *razón práctica* justifica así lo que la *razón teórica* nos hacía concebir como posible en el tercer conflicto de la antinomia: la conciliación de la libertad que poseemos, con la necesidad de nuestras acciones como objetos de experiencia en el fenómeno.

Tenemos, por lo tanto, a nuestra disposición, un amalgama de posiciones para conducir nuestro pensamiento dentro de un marco de conducta ético, y realizar el hecho que resulta como fenómeno humano de una deliberación libre, que conduzca a la producción en el mundo sensible de lo bueno, cuando son muchas las personas que se favorecen con nuestros

³ Immanuel KANT, *Historia de la filosofía*, III (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1956), 205.

actos, cuando se consulta el bien común, cuando se cumple con el postulado de las buenas costumbres, o cuando, por el contrario, es el imperio de nuestras pasiones, el desenfreno o el frenesí de un oscuro mundo interior profano el que priva sobre el juicio o la conciencia.

Pensando quizá en un mundo ideal, en el que priven los principios y valores de la especie, donde se busque el perfeccionamiento moral de la humanidad, la transformación de su pensamiento en una manera de viaje hacia la luz que le permita consciente y racionalmente aspirar a una continua búsqueda de la verdad en un medio de libertad, vienen al recuerdo las viejas y grandes iniciaciones esotéricas en culto a los pensamientos de Rama, Krishna, Hermes, Moisés, Orfeo, Pitágoras, Platón, Jesús, Zoroastro, Buda y Los Esenios, para señalar los más característicos, en los cuales, en el proceso iniciático, mediante la utilización de los elementos de la naturaleza, la recreación de unos pasajes que buscan conmover al iniciado para que reflexione sobre lo deleznable de la vida humana, cuando no se tienen claros derroteros culturales y éticos, y se está ante la lucha para vencer los malos sentimientos, los combates que es preciso librar en la búsqueda de la verdad, la virtud y la justicia, la purificación de las pasiones a través de los símbolos del agua y del fuego, la solidaridad humana como mecanismo que le recuerda los peligros del combate en defensa de los ideales, son formas inductivas necesarias para determinar la diferencia entre el iniciado y quien no ha ingresado a tales procesos esotéricos, y surge la incógnita: “Qué soy, de donde vengo y para donde voy.”

Creemos en la necesidad de guiar su idea racional en procura del bienestar de la comunidad a que pertenece, si bien afirmando una metafísica del ejercicio cotidiano de su obrar, dentro del marco de los mejores valores de la especie: libertad, conocimiento, disciplina, discreción, respeto, tolerancia, igualdad, independencia, juicio, razón y verdad, para enunciar solamente algunos principios fundamentales.

El ser humano libre tiene plena conciencia de sus deberes, antes del ejercicio de sus derechos subjetivos, de sus obligaciones hacia los demás. Por ello, la influencia de una medida de valor es su comportamiento ético a todo trance, porque sus profundas convicciones sobre el bien han de estar levantadas en el propio respeto y en el de los demás, en un plano de libertad racional.

Somos conscientes de nuestra propia contingencia de la imperfección humana, pero somos defensores de las expresiones culturales, como la más limpia propuesta para moldear y purificar las pasiones por la autodeterminación, el libre examen, la conciencia del bien obrar, el ofrecimiento de una filosofía de vida, en la cual caben las más depuradas tendencias del pensamiento universal. Estamos convencidos de que a través de un proceso autoconsciente es posible abrirle los ojos y el pensamiento a la verdad, a la realidad objetiva, donde se reprime la conducta por el juicio deliberativo libre.

Dentro de esta concepción de las cosas y del fenómeno social nos permitimos el gozo de lo humano, de los placeres materiales, de la mesa y el vino, de la música y el arte, del sentimiento estético de lo bello, de las formas femeninas, del sexo, pero advirtiendo de manera sutil que la satisfacción sensorial está presidida por un mundo interior que orienta la conducta antes de que se convierta en acto, es decir, previa una deliberación libre, sana, responsable, que autoreprime las tendencias del frenesí o de la orgía, del abuso, del mal obrar. Es por lo mismo “luz de la conciencia”; para muchos, la presencia de Dios en el hombre o del Gran Arquitecto del Universo, para otros, de la influencia de la razón frente al mundo de los sentidos.

Creemos que el ideal ético en la conducta humana debe tener permanente vigencia interior, respecto de la utilización de los más altos valores y principios que ha construido el ser humano en su trayectoria de siglos, y que le ha servido para hacer historia, para ordenar la sociedad, crear un ambiente de deberes y derechos en busca del bien común, de la vida en civilización, en democracia, en la permanente conciliación de intereses contrapuestos, en el limpio juego de la dialéctica de la existencia cotidiana. En la constante búsqueda de la verdad.

Recordamos finalmente las palabras de Ulpiano, el excelso jurista romano cuando dijo: *Honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*: “Vivir honestamente, no hacer mal a nadie, dar a cada cual su derecho”.

Bogotá, agosto 31 de 2022.